

The image is a book cover. At the top, there is a close-up of a woman's face, showing her eyes, nose, and lips. She has a soft smile. To her left, there are red roses. The background is a warm, golden sunset or sunrise, with silhouettes of tall grasses at the bottom. In the top right corner, the text 'HQN™' is written in white.

HQN™

EL AGUA TEMPLADA

María de Castro

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 M.D.G. Castro

© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

El agua templada, n.º 118 - abril 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.com

I.S.B.N.: 978-84-687-8256-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)
[Créditos](#)
[Índice](#)
[Genealogía](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Notas](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

Ciudad de Sanlúcar, Reino de Sevilla (España); 26 de abril de 1759

El irlandés de nacimiento Arthur O'Brien caminaba hasta el despacho del licenciado Guillermo Furriá; en sus manos portaba una escritura legalizada, firmada por varios testigos fieles, que lo reconocía ante el Gobierno de España como propietario de una de las mayores extensiones de terreno de Andalucía.

Un nuevo rey, una nueva guerra y una nueva necesidad de dinero fueron las claves suficientes para hacer que O'Brien se hiciera con una gran parte del territorio que conformaba el estuario del Guadalquivir próximo a Doñana. Un lugar salpicado de pequeños bosques, arenales y marismas, en el que desde hacía cientos de años solo habían habitado grupos nómadas de temporeros y pastores de ganado.

Justo en la puerta de la oficina, el paso ágil del pequeño hombre pelirrojo se detuvo en seco cuando se encontró de bruces con Álvaro García, un antiguo amigo que, paradójicamente, con el tiempo parecía haberse convertido en su peor enemigo. El elegante español, grande y robusto como un toro de lidia, lo observó desde su muy superior altura mostrándole desafiante sus propios documentos.

—Veo que corres, O'Brien. Los hombrecillos como tú suelen moverse de esa forma, cual ratones de campo.

—No me ofenden tus bravuconerías, García. Dedícate a asustar a los que les den miedo tus muchas libras de sobra; este que tienes delante es un hombre que no te teme, por-

que posee cabeza donde otros solo tienen músculos inútiles. —Arthur, involuntariamente, se erguía sobre las puntas de los pies mientras hablaba. Ese día estaba especialmente eufórico y no iba a permitir que nadie lo estropeará, y menos alguien de tan pocas luces como Álvaro García.

—¿Quieres probar de cerca mis inútiles músculos? —habló, en voz tan alta que cualquier paseante de la céntrica calle pudo escucharlo. Álvaro era realmente casi un gigante de dos metros, cuyo torrente de voz atronó en la mañana. Muchos transeúntes se giraron sorprendidos, la mirada agresiva y la envergadura del hombre contrastaban con su vestimenta elegante, repleta de encajes e intrincados bordados sobre la chaqueta verde oliva.

—¡Señores, señores! —El licenciado Furriá apareció clamando a través de la puerta—. Ese trozo de aguas encharcadas y dunas es lo bastante grande para ambos.

El hombre, un anciano de más de sesenta años, delgado y levemente encorvado por la edad, trataba con dificultad de sujetar la peluca empolvada sobre su cabeza mientras andaba. Situándose valientemente entre ambos, observó de hito en hito a cada uno de ellos, aún sin poder entender qué había ocurrido para que aquellos dos, que un día fueran los mejores de los amigos, hubieran terminado de semejante talante.

—No hay tierra en este mundo lo bastante extensa para que yo no huela el hedor que desprende un O'Brien —espetó de nuevo García, balanceándose sobre los tacones de los refinados zapatos de charol negro que calzaba.

—Muy bien, señor Furriá —terció O'Brien, ignorando el insulto del hombre más alto—. En su honor, toleraré entrar en la misma habitación con este caballero y pactar unos términos que nos convenzan a ambos.

—¡Yo no pienso rebajarme a discutir con nadie!, y menos contigo, O'Brien.

En un derroche de teatralidad, García giró su enorme humanidad y caminó, alejándose hacia el otro margen de la calle.

—Creo que su esposa espera un hijo, ¿no es así, García?

sado ser, entró a hurtadillas en el edificio, sin apenas hacer ruido hasta llamar a la puerta del despacho de Furriá.

—Pase, O'Brien, le esperaba.

—Gracias por su inestimable ayuda, amigo mío —añadió el hombre pelirrojo, retirando de su cabeza con desenfado la molesta peluca gris, que tanto trabajo le costaba lucir—. Permita que me quite esto, mi mujer se empeña en que vista elegantemente.

—No se preocupe, yo tampoco las soporto, pero las modas en la corte se imponen y he de guardar las apariencias ante mis clientes. Y no tiene que agradecerme nada, conozco a García desde hace años y es un buen hombre, aunque por desgracia su mente no acompaña la espléndidez de su cuerpo.

—Sí, Álvaro tiene poco en esa enorme sesera —bromeó O'Brien, mientras se sentaba frente al licenciado—. Aquí tiene el escrito, tal como me pidió. Tres de mis hombres más queridos y fieles lo han firmado. Dígame si necesita algo más.

—Su palabra de que lo que me ha contado es la pura verdad me bastará.

—Esa ya la tiene, señor. Ya sabe que no soy un hombre avaricioso, la finca de Pradobajo es lo bastante extensa para mí y mi futura familia, no necesitamos mayor fortuna. Eso que hemos descubierto debe quedar oculto; así, tanto mi palabra como la promesa dada a los habitantes de las marismas, se mantendrán en las próximas generaciones; yo me ocuparé de ello.

—¿Y qué ocurrirá con Aguastempladas? El lugar del que hablamos está realmente es sus tierras, y García no sabe nada.

—García no venderá la propiedad y, en cualquier caso, el único acceso hasta el lugar se encuentra en Pradobajo. Los míos y yo vigilaremos que quede oculto para siempre.

—Que Dios le oiga, Arthur, si lo que hay ahí saliera a la luz...

—No saldrá, confíe en mí. Pero si lo hiciera, espero que este documento me acredite como descubridor y al menos

parte del control sobre el lugar caiga sobre mis manos.

Media hora después, frente al arcón de madera reforzada que ocultaba en su despacho, el licenciado aún hacía girar entre sus dedos los documentos entregados por O'Brien. Todavía nervioso por la envergadura de lo que sostenían sus manos, el anciano se resistió unos instantes antes de archivarlos para siempre entre sus papeles más valiosos, y volvió a releer las primeras líneas:

Sanlúcar, 26 de abril de 1759; yo, Arthur O'Brien, me declaro ante Dios, el Gobierno de España y la posteridad, como descubridor de un lugar, sito en las proximidades de los bosques de Doñana, con las siguientes características que lo hacen único, irrepetible y de un valor incalculable...

Es fácil descender a los infiernos...
pero volver a subir,
retroceder sobre los propios pasos
hasta el aire libre...
es un problema.
VIRGILIO, *Eneida*

Capítulo 1

Dolores

Alrededores de las marismas de Doñana, Andalucía (España); diciembre de 1862 (hoy)

El invierno está siendo muy húmedo; no ha llegado a helar, pero la frialdad ha calado en los huesos de ancianos y niños sin piedad, provocando enfriamientos y fiebres agudas. Tampoco ha sido buen año para hacer carbón. Ha llovido demasiado en el monte, hubo varios incendios durante el verano previo, que acabaron con parte del suministro de leña, y demasiados carboneros a la busca de un buen lugar para manufacturar el preciado combustible negro, y todo ello ha contribuido a aumentar el precio del picón y la leña.

Lucio apenas pasa de los sesenta, pero es consciente de que no sobrevivirá un año más si vuelve a enfriarse y le sube la calentura; además, está claro que con los precios que están adquiriendo los combustibles el presente invierno, él y su familia tendrán que conformarse con las escasas provisiones que consigan por ellos mismos, esquilmando la campiña más próxima en busca de leña.

El viejo solo desea, como el resto de su grupo, agua caliente para avivar sus cansadas articulaciones. La sabiduría popular cuenta que unas pocas inmersiones en las preciadas aguas termales que horadan, formando cavernas, los amplios terrenos de los cortijos de Aguastempladas y Pradobajo, serán un bálsamo para los dolores de los ancianos y un seguro de vitalidad para los niños durante las próximas estaciones.

El hombre sabe que la Roja, ama y señora de Pradobajo, no permite que los campesinos se adentren en las cuevas; o al menos eso ha oído. Por supuesto, él casi nunca ha osado dirigirse directamente a la señora. De hecho, solo recuerda una ocasión, muchos años atrás, en la que la mujer preguntó por el capataz y él, abochornado por el silencio de los otros operarios del cortijo, se atrevió a dirigirse a ella sin apenas levantar la vista. Por cierto, que duda haber cruzado, siquiera alguna vez, la mirada con doña Luz O'Brien; pocos son lo bastante osados para hacerlo. Por el contrario, doña Ana Osorio, la gobernanta de Pradobajo, es de trato amable, aunque serio; en montones de ocasiones ha intercambiado algunas frases corteses con su esposa, y le consta que incluso pregunta con frecuencia por la salud de los más pequeños de su familia. Es esta mujer la que se encarga de transmitir las órdenes y los deseos de la señora O'Brien a todos sus empleados, los cuales, por supuesto, son obedecidos de forma inmediata y expeditiva sin rechistar.

Salir un domingo de diciembre al campo después de oír misa es una barata distracción que permite disfrutar del suave sol del invierno andaluz y aprovechar la escapada para recolectar los frutos de temporada que la tierra da. Los espárragos, crecidos tras las últimas lluvias, y las tagarninas, que ahora reposan en el canasto de esparto, serán una buena comida para toda su familia cuando su mujer las guise con algunos huevos y pan duro. Son quince en total: sus dos hijos y sus nueras, la esposa, que afortunadamente tiene diez años menos que Lucio y lleva a toda la familia adelante con increíble energía, y casi una docena de zagales entre los dos y quince años.

Hay que contar también con el perro.

El dichoso perro.

Tuerto y medio cojo, aún no ha comprendido que, a sus casi siete años de edad y con múltiples mataduras, no es rival para gazapos, ratones, ni siquiera saltamontes demasiado engordados. De joven, su espíritu indómito lo llevó a ser considerado uno de los mejores cazadores de conejos de la

propiedad. Pero los señores de Pradobajo hace años que olvidaron al chucho en beneficio de parientes más jóvenes y menos díscolos; y el perro acabó huyendo de las perreras y mendigando pan hasta que acabó en los brazos de la mayor de las nietas de Lucio. El abuelo no tuvo corazón para hacer que la chiquilla se desprendiera del animal, y acabó siendo adoptado por la familia.

Y ahí está el hombre, caminando a través de la oscuridad sin rumbo conocido, con la única luz de un candil para alumbrarle, mientras su familia disfruta, procurando no ser descubiertos por los dueños de la propiedad, de las pozas de agua termal, supone que a más de doscientas varas de distancia montaña atrás. Y es que el dichoso Canelo, que así fue bautizado el animalito, ha corrido como alma que llevara el diablo montaña adentro, por aquel laberinto de túneles que parten de la sala principal, donde se encuentran las pozas de agua; persiguiendo sabe Dios qué tipo de ser viviente.

—¡Canelo! —grita el hombre, dándole unos segundos más al animal antes de volver sobre sus pasos para abandonarlo a su suerte.

La fuerza del grito casi lo hace caer hacia atrás; en un acto reflejo, alcanza a sujetarse sobre la pared áspera de su derecha. Entonces nota los dibujos esculpidos sobre la dura roca. Afortunadamente, el tobillo, que últimamente le está fallando con asiduidad, se mantiene operativo, aunque se hunde con fuerza en un boquete horadado en las duras piedras del piso del túnel.

El hombre intenta recuperar el aliento y se queda plantado sobre su otro pie, mientras trata de desprender de su prisión el tobillo inmovilizado.

Unos segundos después, libre ya de su atadura, la curiosidad le obliga a elevar la luz para observar la pared ante él. Tiritando por el frío y la humedad que comienzan a calarle, su mano libre recorre la pared tallada mientras la débil llama muestra los extraños símbolos cincelados sobre la roca. Lo que tiene delante no es más que otra, entre las más de media docena, de las antiguas y fragmentadas estelas